

MAILER MATTIÉ

LA PERCEPCIÓN HUMANA EN EL TRABAJO

Caigo dormido estando de pie

*El papel se desvanece en sombras delante de mis ojos.
Con una pluma de acero esculpo un negro irregular
lleno de palabras de trabajo.
Jaller, línea de ensamblaje, máquina, tarjeta de fichar, horas extras,
salario,...*

*Me han entrenado para ser dócil.
No sé cómo gritar o rebelarme,
quejarme o denunciar.*

*Sólo sé sufrir en silencio hasta el agotamiento.
Cuando pisé por primera vez este lugar,
sólo deseaba la nómina gris del día diez.*

*Para ello me encadenó a mi esquina y a mis palabras.
Renuncio a faltar, renuncio a enfermar, renuncio a mis asuntos
personales.*

*Renuncio a llegar tarde, renuncio a irme temprano.
Por la línea de ensamblaje me mantengo firme como el acero y mis manos
vuelan.*

*¿Cuántos días y cuantas noches
habré estado dormido de pie?*

Xu Lizhi (1990-2014)

.....
INSTITUTO SIMONE WEIL
COLECCIÓN METAXU Nº 6
MADRID-VALLE DE BRAVO, 2015

El Instituto Simone Weil, Asociación Civil fundada en 1989 en Valle de Bravo, México, promueve la difusión y el análisis crítico del legado de Simone Weil (1909-1943), con el objetivo de incentivar la creación de bienes, instrumentos e instituciones capaces de velar porque sean satisfechas las verdaderas necesidades terrenales del cuerpo y del alma, en respuesta activa a la magistral y humanista inspiración de la filósofa francesa.

<http://www.institutosimoneweil.net/>

email: isimoneweil@yahoo.es

Twitter: @isimoneweil

Mailer Mattié

LA PERCEPCIÓN HUMANA EN EL TRABAJO

<<La forma contemporánea de la grandeza auténtica es una civilización constituida por la espiritualidad del trabajo (...). Pero no se puede tentar una fórmula semejante más que temblando. ¿Cómo tocarla sin mancharla?>>
Simone Weil (**Echar raíces**, 1943)

Promovida por las ideologías económicas que avalan el sistema de producción industrial, desde el siglo XIX la deshumanización del trabajo se ha convertido en fatídica singularidad de la civilización moderna. No obstante, la reflexión crítica -escasa y precursora- proporciona una medida real del alcance y la contundencia de la destrucción de la condición humana en el mundo contemporáneo, aportando también una aproximación al ideal de la verdadera transformación del individuo y del mundo social fundamentada en valores humanos.

Las contribuciones de Karl Polanyi y de Simone Weil brindan, en tal sentido, una perspectiva complementaria de importante significación. Polanyi, en efecto, objetó los principales argumentos utilizados para adscribir el trabajo a la esfera económica de la sociedad -tal como sucedió con la naturaleza- en un ensayo publicado originalmente en alemán en 1925, cuyo título en castellano es "Nuevas consideraciones sobre nuestra teoría y

nuestra práctica”.¹ Diez años más tarde Weil desarrolló sus propias consideraciones, a partir de su experiencia como obrera en varias fábricas de París que funcionaban según la organización taylorista del trabajo.²

Constituye una “perversión grotesca” de las “siniestras leyes” de una economía ajena al interés humano –afirmó Polanyi-, considerar el trabajo como una mercancía -un *objeto* que se intercambia en el mercado- y suponer, por tanto, que posee un valor económico: el artificio precisamente que entraña su destrucción como un valor humano; la *ficción* que permitió, de hecho, organizar el trabajo de tal forma que unos dirigen y pagan, mientras otros ejecutan y reciben a cambio una retribución. Admitir, en fin, que el salario equivale a la remuneración del trabajo, cuando en realidad no es otra cosa que el pago por el producto de esa actividad, tal como explicó Silvio Gesell en 1916 en *El orden económico natural* con el propósito de demostrar que el trabajo humano no tiene valor económico alguno, rebatiendo así a los teóricos cuyas consideraciones solo han servido para impedir la comprensión integral de la economía.³

Dicha *ficción* supuso, además, un cambio radical en la percepción de las motivaciones humanas. De esta forma, los

¹ Polanyi, Karl. **Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia.** Capitán Swing. Madrid, 2014; pp. 25-34.

² Weil, Simone. **La condición obrera.** Trotta. Madrid, 2014.

³ El taylorismo como método de organización del trabajo -desarrollado en principio al servicio de la guerra-, por ejemplo, constituye en sí mismo la demostración práctica de que las teorías del valor-trabajo son en realidad una invención. Un método al que Simone Weil calificó en 1937 –en su conferencia titulada “La racionalización”- como una Segunda Revolución Industrial dirigida a la “utilización científica del ser humano”, exigiendo su completa eliminación en todas las fábricas y centros de producción.

incentivos no materiales fueron subordinados a aquellos vinculados al interés del sistema económico: por primera vez en la historia, el miedo al hambre y el dinero (beneficios, intereses y salarios) se establecieron como los principales estímulos para favorecer la organización de la producción y del trabajo.

Se deduce pues, que la *ficción* del trabajo como mercancía es el soporte primordial que sustenta en la sociedad moderna la división entre trabajo intelectual y trabajo manual, entre quienes ordenan y quienes obedecen. Es de suponer, por tanto, que en un ámbito social organizado en torno al trabajo como un valor humano –y no económico-, esta separación tendería a desaparecer: la aproximación al ideal que Simone Weil consideró una obligación de la humanidad.

Como afirmó Polanyi, en el siglo XIX el destino de los seres humanos fue entregado al mercado, una institución económica protegida por las leyes y las instituciones del Estado que aniquila la condición humana.

II

Consecuencia en los seres humanos de la *ficción* del trabajo es la desdicha, las penalidades que se añaden al esfuerzo propio de cualquier ocupación laboral. No obstante, las ideologías económicas -incluyendo el marxismo- solo han considerado los aspectos materiales de la actividad económica -los medios de producción y la mano de obra-, ignorando permanentemente las necesidades humanas y el sufrimiento que implica el trabajo en la sociedad industrial. Carecen, por tanto, de lo que Polanyi llamó *visión de conjunto de la economía*, la cual contempla una *visión interior* en referencia a la condición humana teniendo en cuenta, además, que la *visión exterior* predominante confunde las necesidades con sus satisfactores (con el consumo) y supone,

asimismo, que el salario refleja todo el padecimiento que encierra el trabajo.

La sociedad pues, permanece ajena a los efectos que sobre el alma individual tiene un modelo productivo que se fundamenta en suposiciones. No debería sorprender entonces -como observó Polanyi en 1925- que, en apenas una generación, la población integrada en este sistema viera degradar su condición humana y sus valores.

Fue Simone Weil, sin embargo, precisamente quien formuló esa *visión interior* a la que se refería Karl Polanyi, en su crítica al marxismo en *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* en 1934 y más tarde en sus escritos relacionados con su experiencia en las fábricas: “Cuando pienso –escribió en una carta a su amiga Albertine Thévenon en enero de 1935- que los grandes jefes bolcheviques pretendían crear una clase obrera libre y que seguramente ninguno de ellos (...) había puesto los pies en una fábrica y por consiguiente no tenía la más ligera idea de las condiciones reales que determinan la servidumbre o la libertad de los obreros (...), la política me parece una broma siniestra”.

En la fábrica, en efecto –como destacó Robert Chenavier-, Weil descubrió que “la desgracia de la condición obrera es la desgracia de la destrucción de las condiciones bajo las que existe la humanidad”.⁴ Desgracia cuya causa ella encontró justamente en el hecho de que en la empresa industrial unos coordinan y ordenan y el obrero obedece y ejecuta. Desdicha común en diversos grados al trabajo asalariado en general, donde “el subordinado hace casi el papel de una cosa pensada por la inteligencia de otro”: no hacer nunca nada que constituya una iniciativa, porque cada acto es solamente la ejecución de una orden.

⁴ Robert Chenavier. “Introducción”. En: Weil, Simone; **Op. Cit.**; pp. 13-38.

Reconocer esta realidad permitió a la filósofa francesa, en consecuencia, elaborar también una *visión de conjunto* al diferenciar por vez primera entre la *explotación* del trabajo – relacionada con el dinero (ganancia, interés, salario)- y la *opresión* - asociada al sufrimiento-. Sin duda, la manifestación de la forma moderna de esclavitud que exige, ni más ni menos, la propia complicidad del esclavo, del trabajador asalariado, puesto que el látigo ha sido sustituido por aquello que ella distinguió asimismo como los incentivos principales del trabajo: el miedo al despido –el miedo al hambre, en Polanyi- y el dinero. Móviles que se convierten a su vez en obsesiones para que puedan ser eficaces y que suplen, por lo demás, cualquier recompensa moral como el agradecimiento, el elogio o la satisfacción personal: reivindicaciones morales – subrayó Weil-, cuya importancia disminuye ciertamente en la medida en que aumentan las mejoras salariales.

Sometido a semejante estado de opresión, humillado hasta quedar por debajo de las máquinas, el trabajador llega así a sentir que no posee ningún derecho; pierde, a la par, todo lo que tiene de humano -incluyendo el respeto por sí mismo, la capacidad de pensar y la dignidad- “y se vuelve indiferente y brutal como el sistema”. La intensidad del sufrimiento, además, genera lo que Weil llamó una “tendencia irresistible” a la sumisión total: “el tipo de sufrimiento del que ningún obrero habla, dado que no comprenden que son esclavos”.

Es el envilecimiento que surge de “rebajar el alma al nivel del miedo y del dinero” pues, “lo que hay de horrible –afirmó- en la forma moderna de la opresión social”. Algo que expresa la verdadera magnitud de la desgracia de una condición humana: hallar incentivos para ser esclavos y agregar sufrimientos adicionales a aquellos físicos y morales propios del trabajo que no degradan ni envilecen como la necesidad misma, el cansancio, el pensamiento o cierto grado de legítima subordinación.

III

Sin la transformación de las condiciones que determinan la organización del trabajo en la sociedad contemporánea es imposible, entonces, un verdadero cambio social. Constituye suficiente evidencia el fracaso de los llamados regímenes socialistas en el siglo XX, al pretender sustituir los estímulos del miedo al hambre y del dinero por la “revolución” y la promesa de un “paraíso” futuro donde la *maldición* del trabajo sería sustituida por el ocio.⁵

La humanidad precisa, por consiguiente, asumir la obligación de *emanciparse en el trabajo* (y no *del trabajo*). Como iniciativa personal y participación en tareas colectivas, el trabajo es, sin duda, una necesidad del alma:⁶ “un cierto contacto con la realidad, la verdad, la belleza del universo y con la sabiduría eterna de su disposición”; es decir, nos permite construir *comunidad* y al mismo tiempo relacionarnos con la *verdad sobrenatural* percibida espiritualmente como “objeto de amor”, razones por las que Simone Weil consideró un “sacrilegio” envilecerlo.

Emanciparse en el trabajo exigiría, en primer término, eliminar la obediencia pasiva en la que se asienta la producción económica: la arbitrariedad que obliga a temer, debe ser excluida en la medida de lo posible. Sería necesario pasar progresivamente desde la subordinación total de los que ejecutan, a una combinación entre subordinación y colaboración, siendo el ideal a alcanzar lo que Weil

⁵ Como advirtió Weil en 1934, proponer la reducción del tiempo de trabajo a favor del ocio y mantener intacta la organización laboral, aún cambiando el régimen de propiedad, no implica la reivindicación de valores humanos, puesto que las causas de la opresión persistirían: en la sociedad moderna, el trabajo y el ocio corrompen de la misma manera.

⁶ Mattié, Mailer y Sylvia María Valls. **Las necesidades terrenales del cuerpo y del alma. Inspiración práctica de la vida social.** La Caída. Madrid, 2013.

denominó “cooperación pura” en el ámbito de una organización que equilibra el orden –es decir, las relaciones entre necesidades y obligaciones-, la libertad y la fraternidad de los trabajadores en condiciones de igualdad. Un sistema de trabajo, en fin, que armoniza las necesidades de los trabajadores y las condiciones de la producción, cuya tendencia sería borrar la distancia entre trabajo manual y trabajo intelectual de tal forma que ambos podrían llegar a ser realizados por un mismo trabajador.

El trabajo, por otra parte, debería constituir el “primer medio de educación” de los individuos, puesto que cambiar sus condiciones demanda no solo abolir el hastío y el aburrimiento, involucrando al trabajador en el funcionamiento conjunto del proceso productivo; reclama, asimismo, la subordinación de los móviles materiales y el fomento de estímulos morales: contraer obligaciones, vocación, satisfacción profesional, honor, respeto, dignidad, interés por la tarea bien realizada y sentido de la responsabilidad, entre otros. De esta manera, los seres humanos trabajaríamos impulsados por una amplia variedad de razones -subordinando el miedo y el dinero-, organizando la vida social en torno a ellas.

No hay que olvidar, finalmente, que el descubrimiento del alma individual es también –como observó Polanyi- el descubrimiento de la comunidad, de la relación entre personas -sin participación de intermediarios- fundamentada en la cooperación, la reciprocidad y la asociación en términos de igualdad. Por tanto, solo bajo la organización en comunidades, los trabajadores estarían en capacidad de desarrollar ellos mismos una *visión de conjunto* de la vida económica que incluya las necesidades humanas y el sufrimiento en el trabajo, a través de asambleas en las fábricas, en los talleres, en las cooperativas, en los barrios y en los municipios; formas de organización que impulsen la transformación de las condiciones del trabajo como resultado de la actividad autónoma de

los individuos: humanizar la vida social, algo imposible de conseguir en el marco del mundo moderno.

Cuanto más intensa y vibrante sea la participación de las personas en la comunidad, más precisa y profunda será la *visión de conjunto* acerca de los aspectos económicos que forman parte de la existencia humana. De esta manera, el camino hacia lo que Polanyi llamó *democracia funcional* es principalmente una cuestión de auto organización que dependerá, en lo fundamental, de la calidad y el compromiso del individuo.

El problema de la organización y los móviles del trabajo, ciertamente, sigue aún sin plantearse. Dar una “forma superior” a la resistencia contra la opresión y devolver al trabajo su condición humana es, sin embargo, un esfuerzo que concierne a toda la sociedad, cuyo significado definió Simone Weil como “la única conquista espiritual del pensamiento humano desde el milagro griego”.

.....

METAXU: Dice Alain Birou: “Este adverbio griego expresa justamente lo que está en el intervalo, un entre-dos. Va a designar, para Simone Weil, esas realidades temporales y humanas que permiten y sostienen la satisfacción de las necesidades fundamentales del ser humano en el mundo [las del cuerpo y las del alma] (...): son los puentes. Esos intermediarios para una marcha ascendente (...) son realidades socio-culturales asumidas, vividas, amadas y queridas (...). Entre los *metaxu*, la patria tiene un lugar privilegiado. Es a la vez un espacio amado de habitación y memoria, un medio de reconocimiento, una cultura interiorizada y la tierra de nuestros padres. Se opone al Estado frío, autarquía centralizadora y remota (...)”. En *La gravedad y la gracia*, Weil elaboró la siguiente definición: “Los *metaxu* son las regiones del bien y del mal. No hay que privar a ningún ser humano de sus *metaxu* (hogar, patria, tradiciones, cultura, etc.) que dan calor y nutren el alma y sin los cuales una vida humana no es posible”.

.....

Consecuencia en los seres humanos de la *ficción* del trabajo es la desdicha, las penalidades que se añaden al esfuerzo propio de cualquier ocupación laboral. No obstante, las ideologías económicas -incluyendo el marxismo- solo han considerado los aspectos materiales de la actividad económica -los medios de producción y la mano de obra-, ignorando permanentemente las necesidades humanas y el sufrimiento que implica el trabajo en la sociedad industrial, ajena a los efectos que sobre el alma individual tiene un modelo productivo que se fundamenta en suposiciones. La desdicha, precisamente, que reflejó en sus poemas el joven obrero Xu Lizhi cuando trabajaba en Foxconn -la multinacional que ensambla en China el iPhone-, publicados por sus compañeros en Internet días después de su suicidio el 30 de septiembre de 2014 en la ciudad de Shenzhen.

.....